

al modo de vida español y haber mostrado al monarca una adhesión y una sumisión extraordinarias. Habiendo entrado en la carrera eclesiástica, confiósele el arzobispado de Toledo, el más rico del mundo, pues producía 300.000 ducados anuales, y recibió además el capelo cardenalicio. Felipe sintió gran inclinación hacia ese pariente, que se esforzaba en parecerse en un todo á él, y no solo le destinó á desempe-

ñar un alto papel político, sino que á pesar de su estado eclesiástico, quiso casarle con su hija predilecta, la infanta Isabel. Desgraciadamente el archiduque no se sentía inclinado á lo primero, pues era de genio bondadoso, de rectas intenciones, amante de los medios pacíficos y suaves en cuanto fuesen posibles, y bajo el punto de vista religioso profesaba fanática intolerancia, y opinaba como los más téticos espa-



Felipe II en sus últimos años, cuadro de Antonio Moro. (Museo del Prado)

ños en punto á cuestiones políticas. Felipe le destinó al gobierno de los Países Bajos, cuyas comarcas rebeldes necesitaban un hombre dotado de gran talento y de gran energía para dominarlas de nuevo y cuyos territorios sometidos exigían un hombre de Estado de claro entendimiento y en extremo activo que cicatrizara sus innumerables heridas. Felipe, llevado de su inclinación hacia el pariente austriaco y de sus simpatías por la religiosidad de Alberto, cometió una gran falta política. Luego que el Papa hubo consentido en que saliera del seno de la Iglesia, hizo cargo el archiduque del gobierno de los Países Bajos (primavera de 1596); dos años

después verificóse su enlace con la infanta, y Felipe cedió á la ilustre pareja el gobierno de Bélgica, aunque bajo la supremacía española, la cual se ejerció con tanta presión, que la dominación de Alberto y de Isabel apenas se diferenció de un vireinato común.

Colocada de esta suerte su familia, en mayo de 1598, se preparó Felipe para una muerte que le anunciaban el recrudecimiento de la gota y la aparición de una fiebre ética. En todas las articulaciones de su cuerpo se formaron llagas de gran tamaño que le producían horribles dolores, y en ellas aparecieron, según se cuenta, gusanos que no pudieron ser

extirpados, á pesar de todo el cuidado de los médicos, aunque probablemente no fueron sino cálculos ácidos, parecidos por su forma á los gusanos. El enfermo, que se había mandado trasladar á su residencia favorita, el Escorial, permaneció inmóvil por espacio de cincuenta y tres días, presa de terribles tormentos. En medio de aquel martirio, más horrible que el que por orden suya habían padecido las víctimas de su odio político y religioso, conservó Felipe el valor pasivo y estoico que le era propio y mostró una devoción que hubiera hecho honor á un santo. Con la minuciosidad, que constantemente había manifestado, dió todas las disposiciones detalladas para su entierro. En 1.º de setiembre cedió á su hijo el cuidado de los negocios del reino para poder dedicarse exclusivamente á la salvación de su alma, lo cual hizo con todo el fervor posible; y el día 11 de setiembre se des-

pidió de sus hijos recomendándoles que conservaran fielmente las creencias católicas; y además mandó que Moura, su favorito, entregase á su hijo y sucesor las llaves de los papeles secretos para que pasaran á manos del marqués de Denia, favorito del príncipe, que hasta entonces había sido perseguido por él (1). Por fin abandonó Felipe II este mundo en la mañana del 30 de setiembre de 1598.

Felipe contaba, al morir, 71 años y de ellos llevaba 43 de reinado. Desde sus silenciosos gabinetes de los palacios de Madrid, de Aranjuez y del Escorial, había tenido en suspenso á toda la Europa. Todas las fuerzas de su extenso reino habían sido empleadas para un solo objeto: el establecimiento de un despotismo universal en lo político y en lo religioso. El romanismo y el españolismo debían, en estrecha alianza, dominar el mundo, bien que el Papa no debía ser más que



Palacio del Buen Retiro, con la estatua de Felipe II

un servidor leal del monarca español, del rey católico, del defensor de la Iglesia. Junto á la casa de Habsburgo no debía levantarse potencia alguna; á sus pies debía rendirse inmediata ó mediatamente el mundo.

Felipe siguió este inaudito plan con más convicción y más impaciencia que su padre Carlos V, el cual, como hombre de Estado práctico y frío y poco español, no hubiera considerado nunca tal proyecto más que como un lejano y poco probable ideal. No era así Felipe: su sangre fría, su indiferencia eran solo aparentes; sus cálculos exactos solo se referían á los detalles, á las pequeñeces; pero en lo principal estaba dotado del nebuloso romanticismo de un fanático; solo que en él, el fanatismo religioso estaba íntimamente enlazado con la ambición nacional y personal. Con inaudita ingenuidad, consideraba como derecho incontestable del rey de España el tratar al mundo entero cual si estuviese bajo su poder: á sus ojos, era criminal todo aquel que osaba oponerse á sus pretensiones. El perseguir no solo á sus súbditos rebeldes, sino á los soberanos extranjeros por medio del veneno y del puñal de los asesinos; el tener á sueldo en todos los países de Europa traidores decididos de toda clase, desde el ministro al aventurero afortunado; el cebarse en los desdichados Países Bajos; el condenar como pecado contrario al derecho y á la religión la llama del patriotismo francés que se inflamaba contra la ambición de España; el maltratar al Padre Santo en persona, cuando este se atrevía á separarse del sistema político español; el ordenar á su general, refiriéndose al magistrado supremo de Aragón, al célebre defensor de las libertades aragonesas, que prendiera inmediata-

mente á D. Juan de Lanuza y mandara cortarle la cabeza,» son hechos que demuestran evidentemente que la aspiración hacia una monarquía universal había llegado á ser en Felipe II un artículo de fe. Este convencimiento en el monarca nos parece una especie de locura; pero Felipe no era más que la encarnación del espíritu del pueblo español, de la opinión pública de Castilla, donde se creía que la bandera amarilla y encarnada estaba llamada juntamente con la de los cruzados á cobijar bajo sus pliegues toda la tierra.

A menudo se quieren rebajar los triunfos obtenidos por Felipe en todos los terrenos, especialmente en el religioso: lo cierto es que él consiguió extirpar por completo el protestantismo en España; que, con auxilio del Pontificado, vuelto á nueva vida, acabó con la herejía en Italia, la mitad de cuya nación se encontraba ya directamente sometida á la Corona española; y que si en Alemania y en Polonia hizo tantos progresos la Contrarreforma debióse, en gran parte, al ejemplo, á los consejos y al apoyo inmediato de Felipe II. Él contribuyó á que en la mitad meridional de los Países Bajos, donde el catolicismo parecía supeditado como en la septentrional al protestantismo, triunfasen las creencias católicas y fuesen consideradas como la religión del país. Felipe II aun hizo más, pues obligó á Enrique IV á comprar por la misa la ciudad de Paris y la soberanía de Francia, y á mantener el catolicismo como religión del Estado. Si el catolicismo triunfó en todas partes del calvinismo; si arrebató

(1) Gachard: *Particularidades inéditas acerca de los últimos momentos de Felipe II*, Boletines de la Academia de Bélgica, XV, II, 396.



á la Reforma importantes territorios, débese al solitario del Escorial, que fué la cabeza, el caudillo, el adalid y el campeón victorioso de la reaccion católica.

Pero bajo el punto de vista político, no estuvo Felipe á esta altura: todos sus planes fracasaron y si algunos tuvieron éxito fué en perjuicio de su patria. La única conquista que llevó á cabo, la del pequeño y débil Estado de Portugal, no fué duradera; pues á los sesenta años Portugal, por medio de una afortunada revolucion, consiguió sacudir el yugo de Castilla que solo había atraído sobre él males físicos y morales, calamidades y miserias. El Estado español y la dinastía española completamente debilitados, fueron la única herencia que dejó Felipe II, los únicos resultados de su aspiración á la monarquía universal. En esta empresa inaudita y sobrehumana se habían agotado todas las fuerzas del pueblo y de la casa reinante. Pocas décadas subsistió el terrible fantasma de la potencia española, que en realidad no era ya mas que un cuerpo sin sangre y sin vida, hundiéndose por completo el debilitado reino, bajo la dominación de ineptos monarcas, y arrastrando despues una vida pobre é insignificante.

## CAPITULO XI

### ADVENIMIENTO DE LOS ESTUARDOS EN INGLATERRA

Escritores y hombres de Estado ingleses.—Essex.—Derrota de Isabel ante el Parlamento.—Muerte de Isabel.—Jacobo VI.—Su gobierno en Escocia.—Negociaciones de Jacobo VI con las potencias católicas.—Coronación de Jacobo VI en Inglaterra.—Jacobo I retratado en sus escritos.—Paz entre Inglaterra y España.

Desde el desastre de la armada Invencible, la reina Isabel tomó audazmente la ofensiva contra los españoles y defendió á Enrique IV de Francia en sus luchas contra los amigos y aliados de España. Esta atrevida política produjo los felices resultados que constantemente había deseado Burghley para Inglaterra. Ciertamente este hombre de Estado no había creído en la posibilidad de que España fuera vencida en una sola batalla; pero lo que se había conseguido era ya de bastante importancia. Inglaterra estaba segura de verse protegida contra todo nuevo ataque que intentaran los españoles, mediante las excursiones que sus escuadras y sus tropas hacían casi anualmente por los territorios españoles, cuyos ejércitos estaban hartos ocupados en Bretaña, en París y en los Países Bajos. Además Isabel había detenido en el continente los progresos de la Contrareforma, lo cual equivalía á detener los del poder de España.

Los triunfos conseguidos durante la última década produjeron gran efecto, aun en la vida intelectual de la nación inglesa, dándole extraordinario impulso. El pueblo inglés comprendía que en el mundo significaba algo el hecho de luchar con valor y habilidad por un gran principio, y que esto aumentaba la fuerza, el bienestar y la actividad interiores. La literatura nacional, que en aquella época se desarrolló en Inglaterra, fué tan propia é independiente como nunca lo había sido ni lo volvió á ser. Entonces apareció Edmundo Spenser con su *Reina de las hadas*, grandiosa epopeya, cuya forma recuerda los modelos italianos. Su argumento es la glorificación de la lucha gigantesca sostenida por su nación en pro de *Una*, la verdadera religión, y contra *Dnessa*, el Pontificado, y *Orgoglio*, la jerarquía, con sus crueles defensores; y al propio tiempo la exaltación de la reina Isabel, cuya figura fácilmente se adivina en los rasgos ideales de la *princesa de las hadas*, Gloriana, y en los de la joven y virginal cazadora *Belfebea*. El gusto literario actual puede encontrar exageradas las alabanzas que Spenser prodiga, no solo á las virtudes, sino á la belleza de la soberana

que entonces contaba cincuenta y cinco años; pero hay que tener en cuenta que Isabel era á la sazón considerada como la encarnación de la grandeza, de la libertad y de la independencia religiosa de Inglaterra.

Durante el reinado de Isabel, nació también el drama inglés, el cual, además de una rara perfección interior, ostentaba un tinte eminentemente nacional, así en el fondo como en la forma que era el *verso blanco*, expresión, entonces y aun ahora, de la poesía dramática inglesa. También la poesía se relacionó íntimamente con la reina. ¡Cuánto favoreció la soberana el primer teatro (*Black-Friars*) que se fundó en 1576, y cómo se agrupaban al rededor de ella los poetas dramáticos! No es este el lugar mas á propósito para hablar del mérito de Greene, Marlowe, Beaumont, Fletcher, Ben Jonson y Massinger: todos quedan oscurecidos ante el espléndido sol de Shakespeare, gran dramaturgo de todos los tiempos, á la par que el mas ardiente de los patriotas. Su tarea predilecta fué trazar la historia de Inglaterra en una serie de grandiosos y atrevidos cuadros; pero no con la sangre fría y la tranquilidad de un historiador que estudia el pasado de su pueblo, sino partiendo para este estudio del punto de vista de un inglés patriota y protestante, desde el cual analizaba y describía los hombres y los sucesos de remotas épocas. Sus dramas históricos fueron en seguida populares y estimulaban al ejemplo. Bajo los constantes auspicios de la reina, construyéronse en Lóndres y en sus arrabales once teatros (1). La presión de los acontecimientos que entonces sentía el pueblo inglés hacia que éste se interesara vivamente por las escenas de la vida dramática.

De esta suerte aquella generación robusta, consciente, y tan eminentemente nacional se familiarizaba con la antigüedad que tanto gustaba y tanto había estudiado la misma reina desde su juventud. Las señoras mas distinguidas sentían por lo antiguo la misma afición que los hombres: lady Ana Bacon, madre del ilustre filósofo y hombre de Estado, escribía el griego con tanta perfección como traducía al inglés las obras italianas. Los antiguos clásicos constituyeron desde entonces el estudio predilecto de las clases elevadas é instruidas de Inglaterra. Camden, á instancias de Burghley, escribió en latín la historia de Isabel, tomada de los documentos oficiales que se le facilitaron, y su obra es moderada y fiel, aunque en sentido completamente realista. Camden se encontraba en medio de un círculo de eruditos formales y estudiosos. Los altos fines y el espiritualismo de aquella época y el divulgado estudio de la antigüedad, llenaron las composiciones literarias de un énfasis que, en nuestros tiempos, puede parecer ampuloso, pero que, entonces, era la expresión de la poesía y de la filosofía. Hijo de aquel período, protegido por Isabel, aunque no muy favorecido en su actividad pública, fué Francisco Bacon (2), que comenzó su carrera literaria bajo el reinado de aquella princesa, para terminarla durante el de su sucesor. En la corte de Isabel vivía Walter Raleigh, héroe marino (3), docto y poeta, que sin ser un genio en nada, era un talento en todo, pero cuyo carácter era desgraciadamente cínico y licencioso.

Pero lo mas importante era la pléyade de ilustres hombres de Estado que se agrupaban en torno de Isabel. Junto á lord Burghley, que solo sobrevivió ocho años á su amigo y colaborador Walsingham, muriendo en 1598 cuando contaba 78 años de edad y 40 de primer ministro, encontramos á

(1) Hallam: *Introducción á la historia de la Literatura*, II, III, Sección 3.

(2) Ch. de Remusat: *Bacon, su vida, su tiempo y su filosofía* (París 1857).—Spedding: *Cartas y vida de Lord Bacon*, 7 tomos (Lóndres 1862-1874).

(3) Mejor dicho pirata.

(N. del T.)

su hijo, Roberto Cecil, que sin ser comparable con su padre, había heredado de este la astucia, actividad y habilidad para resolver los negocios. Además vemos á Eduardo Coke, procurador general de Isabel, y juriconsulto el mas erudito de su época; al ya mencionado Bacon, abogado extraordinario de la reina, tan temido como apreciado por su ingeniosa elocuencia, y sobresaliente entre todos por su instrucción filosófica y por sus sin iguales dotes de inteligencia. Como este, estaba también dentro de la vida de la corte sir Walter Raleigh.

Ninguno, sin embargo, tan predilecto de la reina como Roberto Devreux, conde de Essex, hijo del conde Walter Essex que, á consecuencia de una injusta animosidad de Leicester, se había visto privado de todo auxilio mientras combatía como general á los rebeldes irlandeses, y murió poco despues de pena y de cansancio. Díjose entonces que Leicester le había envenenado (1). Casada la viuda con el adversario de su difunto esposo, su hijo Roberto que á la sazón contaba nueve años, pues había nacido en 1567, intimó con el padrastro que le quería entrañablemente, y que le introdujo en la corte de Isabel. Muerto Leicester en 1588, el joven Essex, de bello aspecto y de caballerescas costumbres, fué su sucesor en el favor íntimo de la reina. Ya sabemos que Isabel, á pesar de su ancianidad, no podía pasar sin sentimentales homenajes; así es que las relaciones entre Essex y la soberana, que podía ser su abuela, tomaron muy pronto las apariencias de una verdadera pasión amorosa, que en realidad por parte de Essex no existía. Essex pensaba utilizar el favor de la reina para realizar sus vastos proyectos: quería suavizar el rigor de las leyes político-religiosas dictadas contra los católicos y especialmente contra los puritanos, unir toda la Inglaterra para entablar la lucha con España y atacar á esta en sus posesiones de Ultramar, contando para ello con el auxilio de los indios, tan maltratados por los españoles. Era esta, como se ve, una combinación atrevida, vasta y no mal concebida.

El favor que Leicester le había dispensado le atrajo la enemistad de Burghley, el cual censuraba tanto mas sus planes cuanto que él había ya terminado con una paz honrosísima la lucha entablada con el rey de España. Essex, elevado por la reina al cargo de gran mariscal de Inglaterra, venció en esta discordia á su anciano adversario, continuando, en su consecuencia, la lucha contra los españoles. Sin embargo, la antipatía que el padre sentía hacia el joven favorito la heredó el hijo de Burghley, el secretario de Estado sir Roberto Cecil. Este astuto jorobado, que nunca retrocedió ante adversario alguno, fué muy pronto el enemigo mortal de Essex, y á él se unieron todos aquellos que envidiaban la elevada posición del favorito, es decir, casi toda la corte. En cambio los católicos y los puritanos, que componían una tercera parte del pueblo inglés (2), el ejército y especialmente los oficiales apoyaban á Essex, á quien consideraban como caudillo.

Los últimos quince años del reinado de Isabel, es decir, desde la catástrofe de la Invencible, son como el epílogo de un gran drama. El interés decayó en aquel período porque todas las cuestiones habían sido resueltas. La protagonista de la obra, la reina, desapareció de la escena y dejó la acción á cargo de los jóvenes inteligentes, instruidos y ambiciosos que se combatían mutuamente en la corte para alcanzar una preponderancia, á saber: los partidarios de Essex, por un lado, y por otro los de Cecil, que eran superiores en número.

Confiado en el favor de la reina, Essex hubiera triunfado

(1) Aikin: *Memoirs of the Court of the Queen Elizabeth* (3.ª edición: Lóndres 1819), II, 49.

(2) *Relación de Nicolás Molin. Parozzi y Berchet. Serie IV, 47.*

de sus adversarios, si sus cualidades hubiesen correspondido á sus proyectos, y si las circunstancias exteriores no hubiesen luchado contra él. Sus empresas guerreras no obtuvieron el éxito que se había esperado, pues si bien tomó en 1596 la ciudad de Cádiz, no pudo conservarla, ni consiguió ventaja alguna duradera contra España. Además, no supo tener para con la anciana reina la paciencia y las consideraciones necesarias. Creyendo seguro el amor de esta, mostrábase á menudo desdeñoso y frío para con ella, lo cual la indignó sobremanera, aumentando cada día mas el furor que en ella despertaba tal conducta. Orguloso y petulante, hizo todo lo posible para atraerse la real antipatía, confiando en que en último caso podría abandonar á la reina y apoyarse en el pueblo y en el ejército. Una de las cosas que mas indignaron á Isabel fué que Essex se casara secretamente con la hija de Walsingham; pero á pesar de todo, la conducta que el conde seguía para con ella era tan impertinente y poco respetuosa, que la reina, ciega de furor por verse engañada y despreciada, dióle un bofetón. Essex entonces echó mano á la espada en actitud amenazadora, y desde aquel momento á pesar de su aparente reconciliación, no volvió á reinar buen acuerdo entre la reina y su ex-favorito. Las cartas de este á la reina son manifestaciones claras de su antipatía. En sus conversaciones, lanzaba sobre la reina mordaces epigramas que sus enemigos se apresuraban á referir á la soberana recargándolos aun mas, hasta que Isabel resolvió, y la razón le sobraba para ello, poner fin á situación tan insostenible alejando temporalmente al conde de la corte. Para ello se le ofreció una ocasión oportuna, pero triste por cierto.

Fué esta una nueva sublevación de los irlandeses, mas importante y peligrosa que las anteriores. En vano desde 1584 el excelente gobernador, sir John Perrot, había intentado atraerse por medio de la dulzura y de la conciliación á los católicos irlandeses: la codiciosa impaciencia del clero anglicano, y el menosprecio con que los soldados y colonos ingleses trataban á los indígenas, echaron por tierra sus bien concebidos planes. Esto despertó nuevamente el odio implacable de los irlandeses contra Inglaterra y contra los ingleses, y su profunda antipatía era tanto mas peligrosa, cuanto que gran número de irlandeses habían combatido á sueldo de la Liga y de España, y el partido nacional podía de esta suerte disponer de otros tantos guerreros experimentados. Pronto se presentó un caudillo, que fué Hugo O-Neal, hombre eminente, elevado por la reina de Inglaterra á conde de Tyrone. Los españoles y el Papa les excitaban á la lucha, y por eso los rebeldes esperaban poder contar con el auxilio de España y de Italia. En 1594 estalló la sublevación, cuyo objeto era, y así en alta voz se proclamaba, liberar la isla para siempre del yugo de los ingleses. Estos sufrieron en Blackwater una gran derrota que puso en manos de los sublevados las cuatro quintas partes de Irlanda.

Essex no había dejado de censurar públicamente la conducta de los caudillos ingleses en Irlanda y de hacer, en el Consejo privado, objeciones contra todos sus planes, y entonces la reina le confió, en la primavera de 1599, el supremo mando de un nuevo ejército de 22,000 hombres enviado contra los rebeldes isleños. De mala gana obedeció Essex el real mandato, y contra su voluntad se separó de la reina y de la corte, dejándolas entregadas entonces á la exclusiva influencia de sus enemigos, para hacer contra los incultos irlandeses una guerra, en la cual no podía conquistar gran renombre. Entonces decidió, al parecer, ir prolongando la lucha y crearse en el ejército que le había sido confiado una verdadera potencia para resistir, aun sin el apoyo de la reina, á sus adversarios. Al poco tiempo, firmó con Tyrone un armisticio muy vergonzoso, en virtud del cual solo quedó á la